



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12758

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 19 DE MAYO DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.



*El Señor*

# DON ALEJANDRO DELGADO IBERNÓN

## HA FALLECIDO

R. I. P.

Sus hijos, hijos políticos, nietos, hermanos, hermanos políticos, sobrinos, sobrinos políticos, demás familia y amigos,

*al participar tan dolorosa pérdida, ruegan á aquellos de sus amigos que por olvido involuntario no hayan recibido esquela, se sirvan encomendar su alma á Dios y asistir á la conducción del cadáver, que se verificará el viernes 20 del corriente, á las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, Sagasta, 13, al cementerio de Nuestra Señora de los Remedios; á cuyo favor le quedarán reconocidos.*

*El duelo se despide en las Puertas de S. José.*

*Cartagena 19 Mayo 1904.*

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 179

LOS DOS HERMANOS 178

de nuestras esposas y de nuestros hijos, á quienes nuestra muerte va á dejar en el abandono y la miseria, á merced de todos. Así, los que esten conmigo, hablen... y los que me autoricen para tratar con el coronel francés me prometan, bajo su palabra de honor, y por su salvación, ejecutar fielmente obligaciones que voy á contraer.

Veintiseis voces respondieron al llamamiento del herido... el fraile y su compañero permanecieron impasibles.

En aquel instante entraron cuatro soldados en busca del que había solicitado hablar al coronel. Sus heridas le impedían andar, por lo que se le puso en el viejo sillón de brazos del posadero y le llevaron de este modo á la habitación donde estaba Jorge Castellana.

—Dios os asista, padre mio, dijo al herido su hijo al salir.

—Señor coronel, vengo á pedirlos la vida de los prisioneros, dijo aquel hombre en cuanto se le dejó en el suelo á unos pasos de Jorge.

Este mandó despejar para quedarse á solas con el herido.

—Señor coronel, volvió á decir; no tendréis que

naba en su su semblante la emoción que le atormentaba.

Parecía compararse menos de sus dolores que de la idea cruel que le recordaba la exclamación de su hijo, que hubiera podido reemplazarle hasta cierto punto al lado de su familia abandonada, si por su furor ciego no le hubiese arrastrado á su perdición.

Se fué, pues, á intimar á los prisioneros la pena de su valerosa abnegación.

—Quiero hablar al comandante de esta fuerza, dijo el prisionero herido con voz segura.

Todos los prisioneros se miraron unos á otros con estupor, y cuando el oficial se hubo retirado, le preguntaron qué pensaba hacer.

—Amigos, les dijo, tengo el medio de salvarnos, y para ello solo os haré una pregunta. ¿Estáis dispuestos á ratificar y á observar las obligaciones que contraigo yo con el comandante?

—Sí, sí, gritaron los prisioneros.

—No, no, jamás consentiremos en una transacción con los franceses; antes mil veces morir, exclamaron dos voces, que eran la del fraile y de otro que tenía al lado.

—No se trata de tener miedo á la muerte; ya hemos demostrado todos que no tememos morir... Se trata

XXIX

A cosa de medio día se dió el alerta por uno de nuestros centinelas avanzados á alguna distancia de la casa ó posada que ocupaban, y casi inmediatamente después empezó á oirse el ruido lejano de la artillería.

Jorge corrió hacia el punto de donde partía el ruido de las descargas, acompañado por algunos oficiales y unos cincuenta soldados: una partida había atacado uno de los puestos avanzados establecidos á la entrada del boquete, y aunque los soldados estaban bi-